



NÚM. 13. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 31 DE MARZO DE 1864.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO V.

REVISTA DE LA SEMANA.



ciertamente que es gran cosa para los pobres que pertenecemos á la numerosa infantería de las poblaciones, pasar dos dias sin ser incomodados por el ruido de los coches y exentos del peligro de ser atropellados. Debemos este bien al recuerdo que en estos dias ha hecho la Iglesia de la pasion y muerte

del Salvador; y seria bueno, por esto y por otras muchas cosas de mas importancia, que semejante recuerdo no se alejase mucho de la mente. Jesucristo dió ejemplo y lecciones de verdadera humildad, y en memoria de aquel mandato nuevo que impuso á los apóstoles, se observa la costumbre de lavar los piés á sacerdotes y pobres en las catedrales y en los palacios y la de que todos andemos á pié mas ó menos en jueves y viernes santos. Al mismo tiempo en señal de luto se cubren los altares y no se tocan campanas, cosa esta última muy puesta en el orden y que debia estenderse á mas número de dias en el año.

Como la córte ha hecho los ejercicios espirituales en Aranjuez, dicho se está que en este año no ha habido ceremonia de lavatorio en palacio, ni salida pública á las estaciones. Sin embargo, la concurrencia de fieles á todas las iglesias ha sido numerosa y la colecta para la inclusa no ha desmerecido de la que otros años han alcanzado las señoras que protegen á la desvalida infancia. La procesion del viernes ha estado ademas favorecida por una tarde despejada.

Se ha publicado ya el resultado del censo de poblacion de Madrid, trabajo que se ha llevado á efecto con gran celo por parte de las autoridades y juntas encargadas de su ejecucion. De este estado resulta que Madrid cuenta 298,337 almas, y al decir resulta nos referimos al 25 de diciembre del año anterior en que se

hizo el empadronamiento. Contando con los nacimientos desde aquella fecha y con las omisiones que pudiera haber, el cálculo de los que dan á Madrid 300,000 almas se encuentra rigurosamente exacto. La clasificacion por sexos lo mismo en este que en todos los censos nos dice que el número de mujeres es siempre igual con corta diferencia al de los hombres. El estado que tenemos á la vista da á Madrid 148,506 hombres y 148,831 mujeres, de donde se saca por consecuencia que como dice el refran, nunca falta un roto para un descosido, y que al nacer un hijo de Adan, en seguida la Providencia hace que nazca una hija de Eva, ya porque haya resuelto premiarle en esta vida, ya porque le destine á merecer la eterna.

De diez y siete á veinte y cinco años tenemos en Madrid 12,256 muchachas, que si se hubieran clasificado por colores presentarían una gran variedad, si bien creemos que las morenas han de estar en mayoría. Cierdamente ha obrado la autoridad al presentarnos las jóvenes de diez y seis en una sola casilla, solas, independientes, y no confundidas con las demás. Estas son nada menos que 3,023, mientras que los mozos de la misma edad no pasan de 2,809.

En la clasificacion por estado civil hallamos dos diferencias notables. Los solteros son 93,150 mientras que las solteras son 83,088; diez mil hombres nada menos de diferencia, diez mil hombres á quienes falta su media naranja: el exceso es grande y debe llamar la atencion porque no guarda proporcion ninguna con el de la poblacion general masculina sobre la femenina. Del estado resulta que el número total de hombres excede al de mujeres solamente en 675; y sin embargo 10,000 célibes no encuentran en Madrid otras tantas doncellas á quienes ofrecer sus blancas ó negras manos. Es verdad que en cambio las viudas esceden en 12,000 á los viudos y aquí puede encontrarse la compensacion; pero si tocaran á hacer un reparto equitativo, la autoridad se veria muy apurada para contentar á todos.

La segunda diferencia de que hablamos, es á primera vista mas grave. El estado nos dice que hay en Madrid 49,137 casados y solamente 46,504 casadas: de manera que de una mano á otra se nos han perdido 2,633 casadas que no viven con sus maridos. Como el censo se ha hecho en los dias de Navidad, no se puede decir que estuvieran ausentes á tomar baños. Sin embargo, nosotros creemos hallar una explicacion que concilia la observacion del estado con la moralidad conyugal que al principio pudiera creerse alarmada. Sabido es que Madrid,

como capital de España, es el centro del poder, de los empleos y de los pleitos. Aquí vienen muchas personas de las provincias á sus asuntos particulares; y como no piensan residir en Madrid, sino evacuar sus negocios y volverse, dejan la familia en sus hogares. El estado de los transeuntes nos dice que habia cuando se hizo el censo 4,925 varones y 2,030 hembras: diferencia 2,895, que compensa la de 2,663 que antes nos habia alarmado.

Al pasar la vista por la clasificacion relativa á las profesiones, hallamos que la industria mas desarrollada en Madrid, es la de sirvientes. Tenemos 17,877 criados domésticos y 26,103 criadas, total 43,980; es decir, que solamente en la clase de fámulos hay en Madrid mas poblacion que en la mayor parte de las capitales de provincia. Comparada esta poblacion servil con el total de 300,000 almas, resulta que por cada siete personas hay en Madrid un criado. Realmente no podemos quejarnos de no estar servidos.

Despues de los criados vienen los artesanos que son 43,690, y los empleados asi civiles como militares que suman unos 22,000 hombres, y están respecto de la poblacion masculina de Madrid en la misma proporcion que los sirvientes y artesanos respecto de la poblacion general: es decir, que por cada siete hombres tenemos un empleado civil ó militar, asi como por cada siete almas hay un sirviente y un artesano.

A los empleados siguen los propietarios que son 7,047; luego vienen los comerciantes, cuyo número asciende á 2,852; despues los abogados que suman 1,597 y en seguida las monjas que no son menos de 1,048, casi tantas como jornaleros hay en las fábricas.

La poblacion estudianté, si no se cuentan los niños que cursan las primeras letras, no llega á 8,000 individuos: si se cuentan los niños, asciende á 13,756 varones, número escesivamente corto para una poblacion en que hay mas de 50,000 jóvenes varones de seis á veinte y cinco años. Y adviértase que no habiendo libertad de enseñanza, son pocos los que estudian particularmente sin tener incorporados sus estudios á las escuelas públicas. De esperar es que cada nuevo censo dé en esta parte un aumento, á lo cual contribuiria en gran manera el gobierno, si aboliese ó rebajase como debiera esos elevadísimos derechos de matricula que convierten la enseñanza en una contribucion gravosa, y lo que debiera ser un servicio público en una renta del Estado como la de Aduanas ó Consumos.

El domingo último hubo solemne sesion en la Aca-

lemia Española para la recepción del nuevo académico don Severo Catalina, que leyó un discurso sobre la influencia de las lenguas semíticas en la española. No hemos leído aun este discurso, pero no dejaremos de hacerle porque es importante la materia que el señor Catalina, buen hebraizante, ha abordado. Le contestó el señor Rodríguez Rubí.

El domingo anterior había sido recibido en la misma academia don Francisco Cutanda, cuyo discurso tenemos á la vista, seguido de la contestación de don Juan Eugenio Hartzenbusch. El señor Cutanda trató *del epigrama en general, y en especial del español*, asunto que se prestaba á un gran desarrollo. Sin embargo el señor Cutanda se limitó á hablar de lo que se comprende bajo este nombre en su acepción mas estricta y comun: la sentencia ó el dicho agudo que en pocos versos ataca con las armas del ridículo á un vicio ó á una persona ó las dos cosas á la vez. Aun aquí tenía ancho campo, pero no recorrió sino una pequeñísima parte. Por lo demás, lo hizo con sana crítica y buen decir. Don Juan Eugenio Hartzenbusch pudo en su erudición literaria haber suplido muchas omisiones: no hizo mas que aludir á ellas, y se fijó en un asunto que hace tiempo ocupaba su atención y le ha debido minuciosas investigaciones. Hablamos de las causas de la muerte del conde de Villamediana y de si tuvo ó no amores con la esposa de Felipe IV. Ya sobre este asunto ha compuesto el señor Hartzenbusch un buen drama: pero ademas aprovechó la ocasion de tratarse de los epigramatistas, para hablar de aquel escritor mordaz de la corte de Felipe IV y darnos los pormenores de su vida y de su muerte. El señor Hartzenbusch prueba que no existe dato auténtico para sospechar que Villamediana aspirase al corazón de la reina y que existen datos para creer que galanteaba á una dama portuguesa de la corte, llamada doña Francisca Tabora. Es trabajo muy apreciable el del señor Hartzenbusch.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LA ISLA ATLANTIDA.

Entre las tradiciones que se han conservado en los pueblos de la antigüedad, como recuerdos confusos de acontecimientos y condiciones de los tiempos primitivos del mundo, de aquella época de la que la historia no nos da cuenta, y en la que tal vez la última transformación de la tierra no se había efectuado aun, hay una particularmente notable, puesto que ha sido confirmada por ciertos descubrimientos geológicos modernos, ó si se quiere, estos descubrimientos han cambiado en hecho casi histórico, lo que no era mas que mera tradición. Durante mucho tiempo se ha tenido por mito ó fábula la existencia de la Atlántida, de esta isla, por la cual nosotros damos el nombre de «mar español» al gran mar occidental que hay entre el mundo antiguo y el moderno y al que nuestros marineros llaman mar Atlántico.

Leemos en el Timeo de Platon que un sacerdote egipcio instruyó á Solon de que mas allá de las columnas de Hércules, es decir, al otro lado del estrecho de Gibraltar había una isla «mas grande que el Asia y el Africa juntas», desde la cual los navegantes podían llegar á otras islas hacia un gran continente que se extendía por aquel mar. En esta isla vivía un pueblo poderoso y bien organizado; y su rey, ademas de las pequeñas islas y partes del continente occidental, dominaba en Libia (Africa Septentrional) hasta el Egipto, y en Europa hasta la Italia Meridional. El ensayo que había hecho para someter á los griegos fracasó por el valor de estos, que no solo vencieron á sus enemigos en su país, como sucedió despues en el tiempo de los persas, sino que libertaron á toda Europa, hasta las columnas de Hércules. Finalmente la isla Atlántida fue sumergida una noche por un terremoto y el mar á su alrededor, quedó inaccesible á la navegacion, por el cieno que se había formado al sumergirse la isla.

Hasta aquí llegaba la narracion del egipcio, y parece desde luego que esta relacion era obra de su fantasía; pero ahora demostraremos que esto no era meramente una creacion de su imaginacion, sino que tenía un fondo histórico, seguro, aunque mezclado con parte de ficcion. La isla Atlántida ha sido hallada nuevamente por la penetracion de un sacerdote moderno de la naturaleza. El profesor Unger, célebre botánico de Viena ha demostrado de un modo indudable, en una obra de la que damos aquí un ligero extracto, que efectivamente ha existido en otro tiempo en medio del Océano atlántico, un gran continente, que formaba con algunas islas, una especie de puente entre Europa y América.

El autor citado nos conduce á aquel período de la tierra en que se formó el lignito. Mientras las plantas y los animales, cuyos restos se hallan en los carbonos de tierra y otras capas de periodos anteriores muestran poca analogía con los de ahora, se hallan aquí entre los carbonos de tierra formas muy frecuentes, y ademas es sumamente notable la observacion de que una gran parte de los fósiles de nuestros carbonos de tierra árboles y plantas, es igual ó muy semejante á los que se

presentan ahora en la América del Norte. A esta clase pertenecen los frutos y hojas del árbol del ámbar, el magnífico tulipero del Canadá de la América del Norte, resto del *Taxodium distichum*, que crece aun sin cultivo, aunque solamente en la América del Norte, semillas de robinias y de todos los numerosos frutos en forma de nuez, que no se encuentran en los bosques de Europa, pero que son muy comunes en los de América; por último, los diferentes restos de arces, robles, álamos, pinos y tejos de nuestra flora fósil de la hulla, no tienen sus análogos en los árboles existentes en Europa, sino que estos se hallan casi exclusivamente en los árboles americanos de esta especie, de modo que puede decirse, que el carácter de nuestra flora de las capas de carbon de tierra no es europeo sino de la América del Norte. Este fenómeno extraño supone que se han efectuado grandes alteraciones en el estado de la vida de los vegetales y en la forma y clima de Europa, desde el tiempo en que estaba cubierta de estas plantas; pero llama mucho la atención el ver que encontramos vegetales de la lejana América en los carbonos de tierra mientras que se presentan mas escasamente en los del Asia, que está limitrofe á nosotros.

Podemos muy bien haber tomado plantas de un punto cualquiera pero de un modo doble en el mismo lugar; ó han tenido allí su origen, ó han llegado allí por cualquiera causa. No hay razon alguna para creer que la flora de la hulla de Europa ha existido aquí antes; por lo tanto debemos suponer que ha tenido lugar una union de la misma con la flora americana existente en aquella época y entonces solo son imaginables dos casos; ó nuestra flora en el primer período, se ha extendido sucesivamente á América, ó esta ha venido de allí, pues la opinion de que la fuerza creadora que formó las plantas se ha extendido al mismo tiempo y del mismo modo en Europa y América, estaria en oposicion á las leyes de la economía. La América ha conservado en su esencia el mismo carácter de vegetacion desde el período primitivo, mientras que está demostrado que la de Europa ha sufrido grandes alteraciones desde aquella época. Hay por lo tanto una razon mas en apoyo de esta y es que la flora del carbon de tierra tenía su centro de formacion lejos del punto donde yacen sus restos fósiles en los estados meridionales de la Union americana.

Si esto es exacto, fácilmente se podrá probar cómo han pasado á Europa aquellos árboles del ámbar y los tuliperos del Canadá, aquellas robinias, arces y nueces. Tampoco aquí pueden admitirse mas que dos posibilidades; ó las semillas han ido por el aire y las no aladas por el Océano para llegar á la costa occidental de Europa ó se han aprovechado de un puente que existía entonces entre ambas partes de tierra pero que despues ha vuelto á ser roto por el arquitecto del mundo. Es un hecho innegable que hay plantas que son llevadas á grandes distancias en alas de los vientos que tienen direcciones señaladas y conocidas por las olas del mar ó en el estómago de las aves pasajeras. El *gulf-stream* las conduce desde las costas de Méjico hasta los golfos de la Noruega; tambien la grande extension de la palma de coco es atribuida al Océano; pero el número de las clases de plantas que por este medio de propagacion han llegado á ser cosmopolitas es muy pequeño y en ninguna parte puede llegar á tal altura, que den á un país extranjero el carácter de su vegetacion. Para soportar las alteraciones indispensables á este procedimiento se requiere una cierta flexibilidad natural y las plantas trasportadas quedan siempre en el punto donde han llegado como extranjeras, y jamás se unen con las plantas indígenas y llevan en sí el sello de su naturaleza extranjera.

Si se trata de considerar el carácter de las plantas de la hulla como ajenas al gran continente occidental, en ese caso no se puede decir que su importacion se ha efectuado por los vientos, las aguas ó las aves, á no ser que se olvide el inmenso espacio de tiempo que hubiera sido necesario para esto y en la concurrencia de circunstancias anormales como las grandes tempestades á veces muy tenaces que hubieran sobrevenido.

Pero hay otra clase de comunicacion: la emigracion progresiva, lenta á la verdad, pero segura, se verifica por sí misma y las plantas deben haberse servido de ella en todos tiempos para llegar desde el punto central de su formacion, hasta los limites del círculo de su extension en la tierra. Las cadenas de montes y los grandes lagos interiores pueden impedir esta emigracion, pero generalmente es solo por cierto tiempo; únicamente las grandes y estensas masas de agua como los océanos de la tierra, presentan obstáculos insuperables á la marcha progresiva de las plantas hasta los limites que tienen fijados en razon á su clima.

Reasumido esto, no queda mas medio para declarar las plantas de las capas de hulla europeas como originarias del Norte de América, que admitir la existencia de un camino que unía estas dos partes del globo. «Europa, dice Unger, al terminar la primera parte de su tratado, debe haber estado unida á la América del Norte en el período terciario ó en la época en que se formaron los carbonos de tierra y el Océano Atlántico debe haber estado dividido por un continente ó por una isla muy estensa.»

Nadie duda en el dia que las dos partes del globo de

que ahora nos ocupamos, tuvieron en otro tiempo flores distintas de los que tienen hoy. Si el estado de la flora y de la fauna de Europa en otra época indica un clima mas suave, en ese caso, no habrá habido ninguna montaña cubierta de nieve ni ninguna llanura estensa. La forma actual de la Europa, habla en favor de estas divisiones y grupos de su territorio en el tiempo antiguo, y la geología lo pone fuera de toda duda; no es difícil trazar una carta tanto de la Europa de entonces como de las partes de América que se hallan en la misma latitud. Es claro que la tierra debe haber estado cubierta de agua hasta donde se extienden los restos de la formacion de la hulla, porque aquellos restos pueden formar como posos de mayores ó menores sitios de agua. Los rios arrastraban entonces los restos de la corteza de la tierra en forma de arcilla y de fango. La estension ó poder inmenso de la hulla muestran que esto ha sido durante largo tiempo de un modo gigantesco. Montes enteros deben haber sido destruidos para cubrir los valles y llanuras sobre las cuales se agitaba el mar terciario y para llenar los de agua dulce que tanto abundaban entonces. De estos accidentes de la naturaleza, ya desaguaran el mar con sus sedimentos ó ya este último penetraba en los países interiores con los suyos.

Pero á pesar de este cambio continuo de los límites del continente se ha desplegado en él una rica y diversa vida. Asi ha producido bosques espesos y vastos y grandes terrenos bajos y pantanosos han dado esos resultados para la acumulacion de las masas vegetales, á las que hay que considerar como al través del siglo de formacion continua de turba. Las innumerables masas de plantas fósiles colocadas en capas unas sobre otras y cubiertas despues por la arena y el fango de inundaciones, son las que forman nuestra hulla.

Si preguntamos por los limites de Europa en el período anterior á este, hallaremos en lo que acabamos de decir, que esta parte del globo era entonces mucho mas pequeña que ahora, y que solo estaba compuesta de un cierto número de islas que son nuestras principales cadenas de montañas. Si por el contrario preguntamos por los de la América septentrional, veremos que en el período terciario no solo no era mas pequeña que probablemente seria mayor, puesto que parece haber pertenecido á ella trozos muy considerables de la costa oriental (como por ejemplo los bancos de Terra Nova) que ahora estan cubiertos por el mar. Pero lo importante para nuestro propósito, es probar el hecho en que se hallaban las islas que había entonces y que existen hoy entre Europa y América, puesto que si entonces se hallaban unidas estas dos partes del globo, es imposible que estas islas estuvieran separadas de ambas efectivamente se hallan pruebas en apoyo de esta posicion. En Islandia hallamos numerosos vestigios de capas de hulla y de las plantas que los acompañan. La gran parte de las mismas es igual á las especies que cubrían la Europa en el período anterior y no hay una sola de las ocho especies de pinos, que no tengamos en la América septentrional alguna que la sea muy antigua. Ademas en la isla de Madera, se han hallado restos de plantas á mucha profundidad en el basalto. Cuando estos restos esten mas en armonía con las plantas que cubren ahora la isla, que con las del período terciario de Europa, no por eso es prueba de que su origen posterior; pues si las pocas plantas fósiles del período anterior ó primitivo halladas hasta ahora en América, son semejantes á las que se han hallado en Europa entre nosotros, pero no se diferencian esencialmente de la flora actual de América, la que no ha sufrido, como nuestra desde entonces acá una trasformacion completa, el mismo caso existe con respecto á las islas del Océano Atlántico que están situadas precisamente al Oeste de Africa Septentrional como las Azores, Madera, las Canarias y el cabo Verde. La flora terciaria de Europa tiene semejanza con la de la América actual y al mismo tiempo con la que cubre hoy las islas atlánticas que hemos citado; por lo tanto no debe extrañar que algunas plantas fósiles de Madera sean iguales á las que hoy en actualidad tanto en esta isla como en las que se hallan próximas á ella puesto que la América se halla en el mismo caso.

De este modo sabemos que el gran puente que en el período primitivo unía el mundo antiguo con el moderno debía pasar tambien por estas islas que hemos mencionado. No es posible decir con certeza que forma y qué extension tenía, puesto que falta mucho para poder decir aquí las profundidades del mar para que se pueda presentar hipótesis con alguna certeza. Únicamente es cierto, que en otro tiempo ha existido un país entre Europa y América y al que nosotros llamaremos Atlántida, con el sacerdote egipcio de Platon. Qué suerte ha tenido esta Atlántida, de qué modo desapareció hasta los restos que se nos presentan en la Islandia y en algunas islas meridionales, si ha existido efectivamente otro resto mayor hasta la época en que la raza humana pobló la tierra, acaso hasta el tiempo á que aluden nuestros documentos sagrados, todo esto se halla en el presente en la niebla.

Es sabido que al período terciario tan rico en vestigios les siguieron accidentes que pusieron un término á

vida. En la revolucion que llevó esto á cabo, se elevó el grupo terciario de islas de Europa por lo cual se aumentó considerablemente su estension; pero por esta razón perdió mucho de su suave clima de isla y al mismo tiempo cesaron de correr los torrentes de aguas templadas que viniendo del Océano indio llegaban hasta la bahía de Panonia, y un gran continente que surgió del mar al Este (la Rusia hasta la parte inferior del Cáucaso) coló á la Europa en una union inmediata con el Asia. Todo esto unido á haberse sumergido la Atlántida, ejerció una influencia poderosa en el clima, y por lo tanto en la vegetacion y en el reino animal de la Europa. El enfriamiento se verificó progresivamente pero fue grande que las acumulaciones de nieve de los montes que tienen ahora una altura considerable fueron estendiéndose cada vez mas y por último trasformaron en un ventisquero todo el país que se halla al Norte de nuestra cadena central.

Entonces comenzó la época designada por los geólogos bajo el nombre de periodo de hielo, el cual debe haber durado mucho tiempo, hasta que el clima se dulcificó de nuevo á consecuencia de las alteraciones geológicas que fueron mas favorables, de la elevacion volcánica del suelo en algunos puntos y de otras varias causas. El camino polar que en aquel tiempo conducia al mar glacial (por la Finlandia) debe haber estado cerrado por el mal Báltico; y por la carencia total de agua en la cuenca del mar que se hallaba al Norte del Africa de entonces, debió formarse un foco que enviaba constantemente vientos cálidos (el scirocco, f'ohn, el viento del Sur) á la Europa. Las islas británicas llegaron á estar por estos acontecimientos en una union mas estrecha con el continente europeo, al paso que la Atlántida se sumergió completamente en el estenso mar occidental.

Tanto Europa como América adquirieron entonces una forma que en su parte principal se conserva aun hoy. Esta era sin embargo la última época del tiempo al que siguió al actual periodo de la tierra y en el cual vivia el missourium en la América del Norte y el oso de las cavernas ó antediluviano, el toro salvaje, el elefante europeo y el rinoceronte en los países que ahora llamamos Alemania, Francia y España.

En Europa donde las circunstancias del clima habian variado de una manera tan poderosa en contra del periodo de blandura brotó una vegetacion absolutamente nueva, que no venia de la parte del Oeste sino del lejano Este, apareciendo sobre el Cáucaso, la Crimea y las estepas de la Rusia y que se posesionó del suelo de la llanura, cubierto de aluvion y del barro ya seco. No es posible determinar de modo alguno qué tiempo necesitó esta nueva introduccion de plantas y animales del Este, para cubrir la Europa devastada, puesto que no tenemos datos ciertos acerca de su duracion ni acerca del principio del renacimiento de Europa despues del tiempo del hielo. No nos hallamos en el caso de poder demostrar con pruebas ciertas si el hombre existia ya en Europa y en el Norte de América al término de la época de hielo. Se han encontrado huesos humanos con los de los animales que perecieron en aquella época; en la América del Norte se ha descubierto un gigantesco missourium que habia sido muerto con armas hechas de piedra, la idea de los gigantes de hielo de los mitos del Norte, puede servir como punto de partida para esto, aunque de un modo lejano é incierto; pero aquí no nos ocupamos de hipótesis y si solo de un hecho irrefragable, á saber de que la Atlántida de Platon ha existido efectivamente.

Hasta que el Africa central sea examinada geológicamente, no es posible determinar si la tradicion acerca de la existencia de esta isla, es una tradicion de las razas antiguas embellecida posteriormente, ó solamente una relacion fantástica de las Azores ó de las Canarias hecha y embellecida, por los marineros que sin saberlo habian dicho la verdad acerca de la antigua estension de la isla desaparecida. Si fuera posible presentar una prueba de que las grandes revoluciones terrestres que han tenido lugar posteriormente no se han estendido, fuera de aquella Atlántida, mas que á América, Europa y á una parte del Africa y del Asia Septentrionales, se aumentaria la posibilidad de admitir semejante tradicion. Las tribus que habitan al Sur del Africa pueden muy bien haber conocido la Atlántida y haber llevado la noticia de ella á su patria primitiva; estas tribus se dirigen despues al valle del Nilo, donde hace cuatro mil años, que vivieron, edificaron, y se dejaron sepultar conjunta y verdaderamente de su ruina. La conservacion de semanzas de los egipcios que conservaban tan fielmente sus tradiciones, y que tal vez habitaban el valle del Nilo mas de diez mil años, antes de que pintaran las grutas sepulcrales de Beni-Hassan y Biban El Moluk, de que edificaran los templos de Luxor y Karnak y de que levantaran las pirámides.

A.

LA CARIDAD CRISTIANA.

No nos dejaste, ¡oh Cristo! Cuando la grey traidora en tí agotó las iras del negro Satanás.
Donde el mendigo pide, donde el humilde llora,
allí, Señor, estás.

Tu voz es la esperanza que nuestras almas llena,
que estingue los profundos latidos del dolor.
Cuando me espanta y duele la desventura agena,
te siento en mí, Señor.

¡Oh caridad sublime! ¡Oh inspiracion del cielo!
¡Oh rayo que descendes de la sagrada Cruz
y esparces por la tierra suavísimo consuelo,
resignacion y luz!

¡Tú riges los impulsos del corazon cristiano!
tú calmas de la vida la ronca tempestad,
tú lloras con el triste, tú apoyas al anciano,
tú amparas la orfandad.

Tú, con sereno rayo, como la luz del dia
dilatras por do quiera tu limpio resplandor;
tú ahuyentas esa noche fatídica y sombría,
la noche del dolor.

Tú apoyas las angustias del lastimado pecho,
las lágrimas enjugas con cariñoso afán,
tú das valor al débil, al peregrino lecho,
al desvalido pan.

Recoges el aliento postrer del moribundo,
vas, como amante madre, del desdichado en pos;
por tí los pobres mueren sin renegar del mundo,
sin acusar á Dios.

G. NUÑEZ DE ARCE.

IGLESIA DE SAN PEDRO EN ROMA (1).

Como ofrecimos en nuestro anterior artículo, vamos ahora á ocuparnos de la parte artística de aquel suntuoso templo. Mas para lograr mejor nuestro objeto, será preciso ante todo colocarnos de nuevo en el mismo sitio que nos sirvió de punto de partida para la parte histórica; es decir, en la plataforma que se estiende al pié de la fachada principal.

Penétrase desde este sitio en el templo por cinco puertas de diferentes dimensiones, pasando bajo un inmenso vestíbulo que precede al interior del edificio, y que, como en las antiguas basílicas, está dispuesto transversalmente al eje de la construccion.

Este vestíbulo se compone de una serie de columnas de orden jónico, por entre las cuales se abren las magníficas puertas. Encima de estas columnas corre un arquitecónico de donde arranca la inmensa bóveda que forma su parte superior.

Esta bóveda ofrece á la vista una decoracion tan rica en sus detalles, que fácilmente se adivina la época en que han sido ejecutados; época en que dominaba el exagerado gusto de los estucos, de los dorados y de toda esa exuberante profusion que constituye uno de los principales caracteres del gusto borrominesco.

Sobre la parte interior de la puerta central admírase todavía el célebre mosaico de Giotto, que existia en otro tiempo en el átrio de la antigua basílica, completando la decoracion las estatuas ecuestres de Constantino y Carlo-Magno.

A las cinco puertas del vestíbulo corresponden otras cinco que dan paso al interior de la basílica, una de ellas, llamada *Puerta Santa*, porque solo se abre cada veinticinco años para dar entrada á los fieles durante el jubileo. Entre las otras cuatro, la mas notable es la puerta central adornada con postigos de bronce, enriquecidos con bajo-relieves ejecutados para la antigua basílica por Antonio Filarete y Simon el hermano de Donatello; relieves de mediana ejecucion representando asuntos religiosos, tales como el martirio de San Pedro y San Pablo, y algunos hechos del papa Eugenio IV.

Penetrando en el interior del templo, el viajero experimenta una sensacion estraña, producida mas bien por el alucinamiento de los sentidos que por el convencimiento de la belleza artística. La parte anterior del templo está dividida en tres naves formadas por dos hileras de ocho arcadas cada una y sobre las cuales corre un bellísimo cornisamento.

Todo á lo largo de la nave central se estiende una bóveda cuni-forme en la que se encuentra repetido el mismo orden de arquitectura que domina en el exterior del edificio y que es el que Miguel Angel bebió en los monumentos antiguos. Grandes arcos sostenidos por enormes columnas y decorados con pilastras y hornacinas: los tímpanos de estos arcos ocupados por estatuas colosales; los frentes de los pilares incrustados de mármoles modelos de distintos colores y llenos de esculturas ejecutadas por de Vernin; los adornos de arabescos y artesanos que cubren la bóveda, son como las naves laterales, obra del arquitecto Carlos Maderno.

(1) Véase el número anterior. Por enfermedad de don Juan de Dios de la Rada y Delgado cuando estaba haciendo los estudios de este segundo artículo, ha tenido que redactarle otro escritor.

Estas naves ofrecen una serie de capillas y de monumentos notables, de los que vamos á hacer una sucinta descripcion:

Comenzando nuestro exámen por el costado septentrional, nos encontramos á la estremidad del vestíbulo con la capilla de las *Angustias* que debe su nombre á un magnífico grupo de mármol, obra de Miguel Angel, que representa á la Virgen sosteniendo en sus rodillas el cuerpo inanimado del Redentor.

Pasada esta capilla se encuentra la de *San Sebastian* notable por el mosaico representando el martirio de este santo. El techo tambien cubierto de mosaico está ejecutado por dibujos de Pedro Cortones.

La tercera capilla llamada del *Sacramento* y que se vé cerrada por una elegante verja de hierro y bronce, llama la atencion por la magnificencia de sus paredes cubiertas de adornos, por los bajo-relieves de estuco dorado que guarnecen la bóveda y por el rico tabernáculo, obra admirable de Vernin.

Desde esta capilla se pasa por una pequeña abertura á la capilla gregoriana ó de la Virgen, construida por el arquitecto Santiago de la Porte bajo los auspicios del papa Gregorio que le dió su nombre. Es notable por su magnificencia y sobre todo por un antiguo lienzo colocado sobre el altar, que representa la madre de Dios y que se atribuye generalmente á un artista del siglo XII. Una de las cuatro torrecillas (de las que dos han quedado sin concluir) ocupa toda la parte superior, y en los preciosos mosaicos que decoran el interior de la bóveda se encuentran combinados los atributos de la virgen, con las figuras de los cuatro doctores de la iglesia.

Pasando al costado meridional nos encontramos con la capilla *Clementina* construida por Clemente VII y que viene á ser una copia de la *Gregoriana*, colocada en frente de ella.

Siguiendo la nave colateral, se encuentra la primera la capilla llamada del *Coro* que es donde generalmente oficia el cabildo y que por lo mismo se encuentra decorada con mas propiedad que ninguna otra para todas las necesidades del culto.

Todo es allí completo, magnífico; altar, sillería, ornamentos; por todas partes estucos dorados, mármoles, mosaicos, y bajo-relieves.

El célebre organo de Moscou colocado en otro tiempo en la basílica, forma hoy parte del suntuoso mueblaje de esta capilla, que como la del *Sacramento*, situada en frente, se vé cerrada por una elegante verja de hierro decorada con adornos de bronce dorado.

Despues de la del *Coro* está la de la *Presentacion* que pasaremos por alto por no ofrecer ni en su conjunto ni en sus detalles particularidad alguna.

La tercera y última capilla es la llamada del *Bautismo*, y en la que el objeto mas notable es el receptáculo que contiene el agua bautismal. Los historiadores de San Pedro, pretenden que no es otra cosa que la cubierta del sarcófago del emperador Oton II, que falleció en Italia en el siglo X, y cuyas cenizas descansan en uno de los sepulcros que se estienden bajo los pórticos del átrio de la antigua basílica.

A lo largo de las naves colaterales, existen tambien algunos monumentos sepulcrales, célebres los unos por su composicion, por su ejecucion los otros, y magníficos todos como hojas del gran libro de la historia del arte.

Pasemos ahora á describir el decorado interior de la cúpula mas atrevida que ha sonado jamás el artista cristiano.

Las cuatro columnas que la sostienen están formadas por una serie de pilastras estriadas, entre las que Vernin ideó maravillosamente sus hornacinas y sus doseletes.

En los nichos abiertos en la parte inferior, se ven las magníficas estatuas de San Andrés, San Longinos, Santa Verónica y Santa Elena. Los doseletes construidos en la parte superior, forman otros tantos cuerpecitos arquitectónicos, compuestos de un frontis circular sostenido por dos columnas salomónicas. En el centro de cada uno hay una puertecita cubierta por numerosos bajo-relieves, completando la obra una lindísima balaustrada ó balconcillo aéreo, del mas esquisito gusto.

Vernin, al crear por primera vez este notable adorno, no solo se propuso decorar de una manera nueva los frentes de las columnas, sino que sirviesen para esponder á los fieles en ciertos dias del año las mas célebres entre las muchas reliquias que encierra en su recinto la colosal basílica.

La esposicion de las reliquias en las épocas mas notables del año, se hace por medio de eclesiásticos ocultos en las escalerillas talladas en el interior de la fábrica.

Sobre este decorado singular, comienza otro sistema de adorno que originalmente combinado con las reglas arquitectónicas, hace de esta notable cúpula, la parte mas brillante y magnífica de la basílica, el sistema de los mosaicos de que el papa Clemente VII hizo revestir en principios del siglo XVII, toda la parte interior de aquella misteriosa y notable construccion.

Lo primero que deslumbra la vista, son las cuatro figuras colosales de los evangelistas que brillan en el centro de las pechinas; luego, sobre el friso del cornisamento, la grande inscripcion en caracteres romanos de «*Tu es Petrus, et super hanc Petram ædificabo ecclesiam meam, etc.*» y por último, la parte superior

de la cúpula donde tantos artistas mosaistas han desplegado todas las maravillas del arte.

Este trozo es sin duda alguna el mas espléndido que puede imaginar el hombre en su constante inclinación hacia el bello ideal.

Allí se destacan maravillosamente de sus moradas de estuco y oro, las bellísimas imágenes de Jesucristo, la Virgen, los apóstoles, y ejércitos de santos, de ángeles y querubines, asunto que completa la gran linterna que representa al Eterno rodeado de gloria.

El conjunto de esta composición es sin duda una de las mas bellas páginas de la decoración interior; así como el edificio que la encierra es el mas vasto, el mas magnífico, el mas solemne de los severos monumentos de la cristiandad.

A derecha e izquierda de la cúpula se extienden los dos brazos del crucero que en su origen no eran otra cosa que dos de los cuatro brazos de la cruz griega que habia ideado Miguel Angel.

El órden arquitectónico que en ellos domina es el prototipo de las arcadas de la nave central.

Réstanos ahora hablar de la capilla mayor que forma la cabeza de la iglesia.

Esta capilla, rica y profusa en todos sus detalles, no nos ofrece observación alguna notable; pues su arquitectura y su composición reproducen de una manera idéntica las dos de los cruceros de que nos hemos ocupado ya.

Uno de los objetos que mas vivamente llaman la atención del viajero, es sin duda alguna la decoración

que se extiende por toda la pared de la capilla mayor á la que se designa con el nombre de «Silla de San Pedro.»

Esta gran obra nos ofrece en su parte inferior las tátuas colosales de cuatro padres de la Iglesia latina que sostienen una especie de caja en la que encierra la *Famosa Cathedra*, donde segun la tradición, se sentaba el apóstol San Pedro para gobernar el mundo. La parte superior es una preciosa composición de bronce dorado, que representa la *Cátedra* con sus grupos de nubes, sus ángeles y sus esplendidos rayos, de entre los cuales se destaca una brillante paloma, emblema del «*Espiritu Santo*.»

En San Pedro el órgano y el púlpito no tienen en los demás templos un lugar determinado. Ambas



LA CARIDAD CRISTIANA.

L' MOSNA PARA LOS NIÑOS DE LA INCLUSA Y COLEGIOS DE LA PAZ, PEDIDA POR LAS SEÑORAS MAS NOTABLES EN LAS IGLESIAS DE MADRID, EN LOS DIAS DE JUEVES Y VIERNES SANTO.

sas son siempre portátiles, y pueden ser fácilmente trasladadas á las capillas en que se celebran los Oficios Divinos, siendo tambien Vernin á quien se debe tan útil invención.

Entrando por la nave principal encontramos á derecha é izquierda dos colosales pilas para el agua bendita que guardan una relación perfecta con las gigantes proporciones del edificio.

Réstanos tan solo añadir algunas palabras acerca de la decoración general que hace del interior de esta basilica una de las mas hermosas joyas de la cristiandad, si no precisamente por la supremacía del arte, á lo menos por su riqueza y por el suntuoso conjunto que la convierte en una de las maravillas del orbe.

Todas las artes han contribuido al embellecimiento de esta poderosa fábrica. Todas las inteligencias superiores han prestado su óbolo á la Roma cristiana, y la escultura, la pintura, el mosaico, el bronce, el mármol, el oro y el estuco, han logrado formar ese conjunto, esa rica y deslumbradora ornamentación que no conoce igual en el mundo.

Sin embargo, preciso es confesarlo; las diferentes obras del arte que han concurrido para formarla presentan entre sí algunas diferencias, heterogéneas por decirlo así con la misma basilica. Todas aquellas diferencias se refieren necesariamente á las épocas en que fueron ejecutadas, y ninguno de nuestros lectores des-

conocerá que existe una gran distancia entre el arte de la época de Miguel Angel y el de los tiempos del famoso Vernin.

Muy útil seria en verdad abordar aquí la gran cuestión de estética sobre las formas de que se ha revestido el arte desde la época llamada vulgarmente del renacimiento hasta la mitad del siglo XVII; pero esta digresión nos obligaria necesariamente á traspasar los límites que nos hemos propuesto, consideración que nos obliga por ahora á rehuirla.

Muchos años hace ya, que acerca de la nueva basilica de San Pedro, se han repetido todas las fórmulas laudatorias que las generaciones han entonado siglo tras siglo, y que el nuestro repite en todos los tonos hasta la saciedad.

Tanto es lo que se ha dicho acerca de estas inevitables discordancias de que adolecen los monumentos construidos en diferentes épocas, que seria muy difícil apreciar debidamente los elogios y las censuras, dirigidas mas bien á las ideas y al gusto artístico de los siglos, que á los artistas que necesariamente hubieron de someterse á su influencia.

Resumiendo: la gran basilica de San Pedro á pesar de ser la obra de los mas célebres artistas de los siglos XVI, XVII y XVIII, nos parece como monumento artístico, una obra pesada, y en cuanto á sus detalles, muy inferior á las grandes catedrales góticas.

Es una masa enorme donde todo está en relación con las formas frías y rectilíneas del arte antiguo romano; masa que sorprende por sus colosales dimensiones, por la riqueza de sus adornos y la grandiosidad de su pensamiento; pero en la que en vano buscaríamos el carácter esencialmente cristiano que distingue los bellos edificios de la edad media.

A.

LAS DOS LEVITAS.

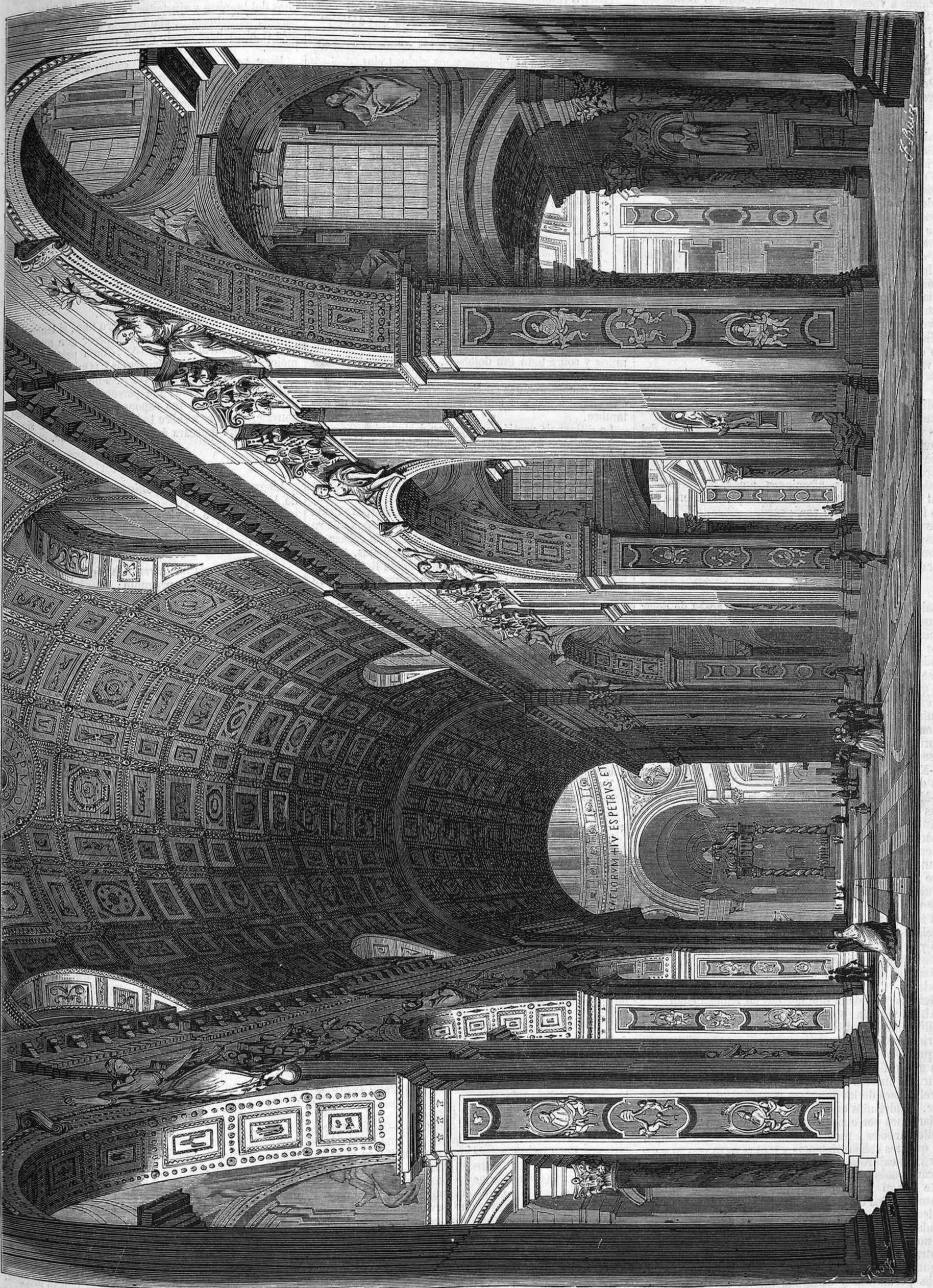
LA PRIMERA.

I.

¿No habeis abandonado nunca vuestro país natal? Cuando jóvenes, no os ha dicho nunca vuestro padre: —Oye, niño, ¿te has despedido de tus abuelos, de tus tíos, del señor cura y de tus amigos?—

¿Y no recordais que todo esto os lo decia bajando la voz para que vuestra madre, afanada en colocar vuestro nombre en un baul nuevo, no se apercibiese del sentimiento con que os lo decia?

Y no recordais que á la mañana siguiente la misma voz, mas tierna y afectuosa que nunca, os avisaba



INTERIOR DE LA BASILICA DE SAN PEDRO EN ROMA.

era llegada la hora de partir, y que vosotros, temblando de frío, de inquietud y de tristeza, os poníais vuestro traje de camino, y llenos de una ansiedad mortal, abrazábais á vuestros hermanos, tomabais la bendición de vuestro padre y deshechos en lágrimas caíais por fin en brazos de vuestra madre, que toda amor y desconsuelo, os estrechaba contra su seno, os besaba con delirio y os repetía llorando:— ¡Que no dejes de escribir, hijo mio! ¡Hijo mio, que escribas por Dios!—

¡Pobre madre! ¡Una y mil veces cariñosa y bendita madre!

II.

Habéis montado en el carruaje. El mayoral ha hecho estallar la fusta. ¡Ah! no volváis los ojos hacia vuestro querido hogar: ¿para qué? Aquel idolatrado y amoroso nido de vuestra juventud se ha borrado del horizonte.

Los ayes de vuestra madre, sin llegar á vosotros, se pierden en el espacio.

Vuestras hermanas lloran al ver vuestra habitación triste y solitaria.

¡Desventurada jaula!... dicen, y corren á la azotea para dirigir su última mirada al ingrato pájaro que las ha abandonado.

Vosotros, en tanto, sacáis la cabeza una y cien veces por la ventanilla del carruaje; y cuando, merced á la cuesta que vais subiendo, distinguís la veleta de la torre de vuestro lugar, envidiais al viento que la besa y creéis que su aguja que se vuelve hacia vosotros es el dedo de vuestra madre que os señala como diciendo:— Allí va.

III.

¡Miserable estudiante! Del cielo de su vida acaban de borrarse las imágenes más bellas y más santas.

Su último suspiro, abreviado por un exabrupto del mayoral, ha terminado en una carcajada. Ya sus ojos no se dirigen al pueblo que deja sino al que desea llegar.

Cuidados, desvelos, afecciones, amor, toda una felicidad inefable, bendita, la trueca en aquel momento por estas fatídicas palabras: VERÉ; SERÉ.

Para realizar sus sueños no cuenta seguramente con el amparo de sus padres, con el favor de sus parientes ni con el *acaso*; cuenta única y exclusivamente con su LEVITA.

IV.

¿Sabéis lo que es para el estudiante que acaba de dejar su casa una levita, y sobre todo cuando esta levita es la primera que se ha ceñido á su talle? Oid.

La primera levita es á los ojos de su dueño una prenda tan estimable, tan significativa y tan sagrada, que se batiría con cien ladrones antes de dejársela robar. Y es que la primera levita es la bandera del nuevo gremio en que ha entrado; el uniforme con que nos distinguimos de nuestros hermanos pequeños; el formidable torreón donde se envalentona nuestra risible y prematura formalidad; la barrera con que el amor paterno nos separa de los inocentes juegos de la niñez.

—Mañana me armará el rey caballero, decían los hijos del siglo XII.

—Mañana me acabará el sastre la levita, dicen los pollos del siglo XIX.

Tanto monta. Si los donceles de la edad media necesitaban recibir el espaldarazo de mano del monarca para ser tenidos por buenos y bravos caballeros, nuestros estudiantes de filosofía necesitan recibir de manos del sastre la primera levita para ser tenidos por *hombres*; porque tener levita equivale á gozar del derecho de *hombrear*.

La levita es al joven lo que las alas al pájaro. Es una especie de pasaporte para el interior, donde, según el paño y la hechura, llevamos anotada nuestra fortuna, y lo que es más interesante aun, nuestra edad.

¡Hermosa edad aquella en que hacemos uso de esta prenda!

¡Horrible prenda la que usamos en aquella edad!

¡Ah!... sin ella, sin esa anticipada mortaja de nuestras ilusiones, las dichas de la juventud serían eternas. Amaríamos siempre los pájaros, las flores, los ríos, y los tranquilos lagos de nuestro país.

La geografía, esa madrastra de los primeros años, no arrancaría nuestro espíritu con sus pomposas y mentidas relaciones de las amorosas campiñas que nos vieron nacer. Tendríamos en mas nuestra dicha presente, y no olvidáramos por cuantas maravillas hay en el mundo aquellos árboles, menos famosos que los del Líbano, pero que nos cobijaron tantas y tantas veces con su sombra en las calurosas tardes del estío: aquellos ríos, menos caudalosos que el Eufrates, pero cuya sonora corriente apagó nuestra sed: aquellos pájaros, menos vistosos que los del Paraiso, pero cuyos dulces trinos nos despertaron á la alborada: aquellas flores, menos celebradas que las de Jericó, pero tan dulcemente queridas por nosotros; pero cuyos cálices habíamos regado con nuestras primeras lágrimas; pero cuyo aroma había perfumado el ambiente de nuestro hogar: aquella torre, menos portentosa y celebrada que la de Babel, pero cuyas campanas hablaban el idioma de nuestros sentimientos; ellas cantaron al nacer nosotros; ellas gimieron melancólicas al morir nuestros padres! Aquel ho-

gar, en fin, cuna primero, palacio luego, templo después, y últimamente cementerio de nuestra virtud, de nuestro amor y de nuestra felicidad.

¡Ah!... ¡maldita geografía!

¡Maldita la prenda que nos obliga á estudiarla!

Por eso la primera levita es el sudario que anticipamos á nuestra inocencia.

Bajo su flamante solapa brotan los primeros amores, se desarrollan las ambiciones y los vicios todos.

Es la cubierta que prevenimos á las mentiras de nuestro corazón: nuestra alma cae entre sus pliegues como el sol en su ocaso; como un cadáver en la fosa.

La juventud se *empasta* como un libro, y las ediciones de la naturaleza lo mismo que las de nuestros librerías, tienen mejor salida en los baratillos humanos, cuanto mejor es la cubierta con que se visten.

En una palabra: la primera levita es una edición de lujo que la juventud compra siempre con entusiasmo.

¡Lástima que tenga tantas erratas!

LA ÚLTIMA.

V.

Hace seis años que al acomodarme en un asiento de la diligencia, le dije á un caballero que encontré arre-llenado en un rincón del interior del coche:

—Usted dispense, caballero: he pisado á usted inadvertidamente.

—No hay de que,—me respondió en un tono tan humilde y sobre todo tan dolorido, que me llenó de sorpresa.

Nos encontrábamos en Pedroñeras, villa de la Mancha, famosa por sus fábricas de bolsillos y ligas de estambre.

La diligencia partió en dirección á Madrid.

Yo me puse á examinar detenidamente á mi compañero de viaje.

Era este regordete, cano, de nariz aguileña, pálido como una estatua de yeso. No gastaba patilla ni bigote: un mechón de pelos grises cortados en forma de brocha, cubrían su labio inferior. Su frente era chata, arrugada y fría como la de una momia; pero sus sienas que se prolongaban descubiertas hasta la mitad de la cabeza, le daban el aspecto de un hombre grave. Sus ojos, sumamente pequeños y hundidos, no despedían luz ni miraban á ninguna parte; parecían dos agujeros hechos con un punzón para que entrase la luz en el cerebro: el alma no podía asomarse por tan raquílicas ventanas.

Sin embargo, yo noté, y lo hubiera notado el más ciego, que mi *adlatere* estaba poseído de una pena mortal.

¡Qué de suspiros; qué de subir y bajar los párpados; qué sistole y diástole el de sus carrillos! Cada vez que los inflamaba, su cara tomaba el aspecto de un globo, y cuando los comprimía el aire salía sonando por entre sus labios como el silbido de una locomotora.

—¿Se siente usted enfermo? le pregunté temiendo por su vida.

—Gracias: no señor; me respondió haciendo un gesto indescriptible.

Y después de un suspiro largo y profundo, añadió:

—¿Usted se dirige también á la corte, no es así?

—Sí señor.

—¿Traerá usted completo su equipaje?

Esta pregunta me pareció inoportuna; pero

—Si señor, le contesté.

—¡Completo!!! ¡Completo!!! ¡Ay amigo mio, qué feliz, qué feliz es usted!

—¿Por qué? le pregunté temeroso de que mi compañero de viaje se hubiera dejado el juicio en su casa.

—Yo me he dejado el mio en la Roda: á seis leguas de Albacete. ¿Me comprende usted? Voy á Madrid desnudo. A Madrid nada menos. ¿Adivina usted ahora mi desgracia? No traigo mi levita, amigo mio; no señor, no la traigo. Voy á Madrid sin piés y sin manos.

—De seguro está loco, dije para mi colete; pero por no negarle la respuesta que con ojos y manos me pedía, le dije:

—¡Ya! pero lleva usted ese gaban... Además en Madrid hay roperías...

—Ah caballero mio; usted se chancea ó no sabe lo que se dice. Las roperías de Madrid están hoy desconocidas: el verde botella ha muerto; el paño negro es hoy el rey del mundo.

—Está loco rematado, dije para mí.

—Hay mas, amigo mio,—continuó.—Mi levita no tiene equivalente en ninguna parte; es una prenda histórica... Hace treinta y tres años que habito en ella. Ya estará antigua y rota si usted quiere; pero así y todo ella constituye mi uniforme de gala. Con ella he tomado posesión de treinta y cinco destinos: con ella he enterado á mis dos mujeres y he llevado á bautizar mis nueve hijos. ¿Qué le parece á usted? Pues no es esto solo. Los porteros de los Ministerios, lo mismo que los vecinos de Albacete, no me conocen á mí *por mi* sino por mi levita.

—Por allí va la levita del señor... (Molina para servir á usted, caballero mio) suelen decir cuando me ven pasar. Y es natural, porque mi levita es mi todo. Yo soy un *accidente* de ella. ¡Ah!... y que de conquistas tengo hechas con mi levita!... ¡Qué anzuelo tan prodigioso!

Es todo un libro de aventuras; el Quijote de mi vida.

Holgada, con el talle alto, el cuello muy subido ahuecado, los faldones hasta el tobillo; las mangas anchas del hombro y ajustadas á la muñeca; con una carrera de botones... ella ha sido durante mis mejores días el atrincheramiento de mi vanidad, lo confieso rubor.

Hace poco, quince años, solía ponérmela todos los días. Hoy no. Es mi retaguardia; es la última que puedo gastar. Ha adquirido derecho de propiedad sobre mi cuerpo y quiero que me entierren con ella; mejor dicho, quiero que en su sepultura nos entierren á los dos. Esta deferencia es justa, caballero mio.

Vieja y todo como es, aun el día que me la pongo en mi corazón debajo de su solapa como el día en que la estrené. Hay momentos en que no trocaría un giron de mi levita verde por el manto imperial de César. Oigame ustedes todos se preguntan con religioso misterio:—¿Qué santo es hoy? ¿Tenemos procesion ó *Te-Deum*?

—¡Oh! Confieso que al oír estas palabras se eleva mi espíritu y mi fisonomía recobra el brillo de la juventud. Porque bien mirado, tales exclamaciones quieren decir: gala, lujo, fausto, solemnidad.

Considerada bajo este aspecto, mi levita es un calendario: mas aun, es mi día de fiesta.

Vea usted ahora, pues, caballero mio, si tengo razón de sobra para estar triste y para creer que mi presentación en Madrid será inútil. ¿Cómo pretender sin el mejor testimonio de mi existencia? ¿Quién me conoce en la corte sin mi levita verde? Nadie. Ella me da cierto tinte, cierto colorido; me personifica, me individualiza; me anuncia, me espone, me llena de méritos y consideraciones, y sobre todo, me da *mi ser*: sin ella soy un pobre máscara á quien nadie conoce.

VI.

Llegamos á Madrid. La diligencia se detuvo en la calle de Alcalá.

Mi compañero de viaje preguntó al mayoral si había coche para Albacete.

A las dos horas un nuevo carruaje partía para Valencia.

El hombre de la levita verde iba en él.

Al despedirnos me preguntó:

—Dígame usted, caballero mio: si usted fuese ministro hasta el punto de no ver gota sin ayuda de anteojos, cuando se dispusiese usted á entrar en el Museo de pinturas, notase que se había dejado olvidados los leones ¿qué haría usted?

—Ir á mi casa por ellos, respondí.

—Pues yo he venido, me replicó con angustia, lidiando sin escudo. El segador ha olvidado su hoz y... El carruaje partió.

VII.

Quizá el cesante tenía razón. Su levita debía ser una recomendación oficial para el ministro. Era su hoja de servicios.

VII.

¿Por cuál de estas dos levitas optará el lector? Yo opto por el color de la primera, por el paño de la última y por los recuerdos de la mia.

J. J. VILLANUEVA.

En Inglaterra llama mucho la atención el problema de la locomoción y se piensa en un proyecto de ley que dé reglas para el uso de las locomotoras por los caminos ordinarios. Entre otras cosas se trata de resolver la velocidad máxima que pueden llevar aquellos vehículos especialmente en la proximidad de las poblaciones; el límite de la carga á que se las debe someter y la magnitud de las ruedas. También se determinará la cantidad que debe exigirseles, por derechos de portazgos, y las penas á que quedarán sujetos los propietarios en el caso de que causen daños ó desperfectos en las fincas lindantes con los caminos. Otra de las reglas, cuya falta de observancia dará lugar á un castigo severo, será la de que en toda locomotora de este género han de ir siempre dos hombres por lo menos, uno que dirija el carruaje y otro que se ocupe en arreglar la marcha y en todos los demás cuidados que exige una máquina de vapor. Todas estas precauciones y otras muchas más se necesitan para evitar los gravísimos accidentes á que pueden dar lugar unos coches que exigen la atención más esquisita y continuada, especialmente en el encargado de dirigirlos.

El gobierno belga ha mandado construir algunos wagones con destino á los enfermos que tengan precisión de viajar. Esta medida, por sencilla que parezca, es un verdadero progreso que la humanidad doliente agradecerá al gobierno de Bélgica y que esperamos ver real-

da en todos los ferro-carriles. Parece que aquellos wagones forman una alcoba con todo lo que pudiera desear el enfermo mas exigente. Sentimos, dice un periódico extranjero, que los que están buenos y sanos se vean privados de tales comodidades; pero indudablemente aquel medio de viajar no tardará en generalizarse si se tiene en cuenta el carácter de nuestro siglo. En la línea de Madrid á Alicante hay ya dos ó tres coches con hamacas y acaso se convertirán en camas sin trascurir mucho tiempo.

Para formarse una idea de la importancia que se va dando en Londres á la construcción de vías férreas en el interior de la población basta saber que hay nueve compañías que tratan de obtener del Parlamento la autorización correspondiente, á fin de llevar á cabo la idea. Si llega á realizarse, la ciudad de Londres sufrirá necesariamente una transformación completa. Se calcula que se necesitan ochenta mil metros cuadrados la superficie del terreno necesario para la ejecución del proyecto, y en ciento sesenta el número de calles cuya supresión ó rectificación habrá que efectuar. Es verdaderamente pasmosa la actividad inglesa así como el atrevimiento de sus planes.

MAXIMAS Y PENSAMIENTOS.

Si no estudias cuando eres joven, no sabrás nada en la vejez: si no aras en la primavera, no obtendrás nada en el otoño.

Confucio.

El hombre que pasa la vida sin emplearla en utilidad de sus semejantes, vive en valde.

Platon.

No nos asombremos de la prosperidad del malvado ni de las desgracias del justo, porque la vida es un libro cuyas erratas están al fin.

El hombre es mas sensato cuando menos lo demuestra.

Eschilo.

Lo mismo quiere decir hombre ocioso, que mal ciudadano.

Euripides.

La mujer es una divinidad á quien nunca se la implora en vano, cuando se la implora con el corazón, y sobre todo cuando se la implora en el infortunio.

Garibaldi.

Todo escritor que se mantiene en el círculo severo de la lógica no falta á persona alguna. Solo puede obtenerse de él una venganza, que es la de razonar mejor que él.

De Maistre.

EL CASCARO DE NUEZ.

CUENTO FANTÁSTICO-MARÍTIMO.

(CONTINUACION.)

No podeis figuraros, mis buenos y queridos muchachos, un prodigio igual. ¡Qué proporciones de puntal y de eslora tan perfectas! ¡Qué manga la suya! ¡Qué tajar tan airoso, y cómo realizaba la gracia de sus curvas una estatua de la maga del tamaño natural y de un perfecto parecido! ¡Qué estampa de popa tan caprichosamente adornada con ligeros arabescos, entre los cuales campeaba en letras de oro el nombre del buque!

—¿Y cómo se llamaba?—preguntó uno de los marineros.

—El *Cáscaro de Nuez*, nombre que encontrareis impropio para una embarcación tan linda y de tales dimensiones, pero que dentro de poco convendréis conmigo en que le cuadraba perfectamente. ¡Y cómo brillaban las bocas de sus cincuenta cañones asomando por las portas! Y sobre todo ¡qué bien aparejado! ¡qué perfectamente aferradas estaban todas sus velas! ¡qué elegantes y flexibles eran sus masteleros y sus vergas! ¡con qué magestad y coquetería se inclinaba, como saludando á las olas que acariciaban sus costados!...

Y todo aquel conjunto de perfección y de belleza se habia hecho, mis buenos é incrédulos camaradas, en menos de cuarenta minutos.

El pícaro Mustafá se habia quedado á palo seco á la vista de la fragata, sin poder apartar de ella los ojos.

—¿Pero es ese el buque que voy á mandar?—le preguntó á la maga, dudando aun si era verdad ó no lo que veia.

—«Si—le respondió ella.

—«¿Toda esa gente que hay á su bordo obedecerá mis órdenes?»

—«Si.

—«¿Y todas esas bocas de bronce vomitarán á mi voz fuego, metralla y estermio sobre el crucero francés?»

—«Si.

—«Pues en ese caso, á bordo, á bordo al instante.»

Y el pirata, ardiendo en deseos de venganza, dió algunos pasos hácia el dique, sin esperar el beneplácito de la maga. Esta hizo sonar un timbre colocado sobre la mesa del cenador, y momentos despues se presentó en las gradas del dique una falúa montada por veinte muchachas á cual mas encantadoras.

La maga tomó entonces al pirata de la mano, le condujo á la falúa, se sentaron los dos en la popa, tomó aquella los cordones del timon, y á la voz de ¡hala! las veinte ninfas dejaron caer sus remos, mas brillantes que la plata, y la ligera embarcación arrancó con mas velocidad que si la arrastrase un huracan.

El asombro del argelino crecia como la espuma de las olas, á medida que se acercaba á la fragata y que la contemplaba mas de cerca, y apenas habian atracado á su costado de babor cuando, oprimiendo fuertemente entre las suyas las manos de su protectora, se lanzaba á la escala.

—«Espera—le dijo ella deteniéndole.—El que desea asegurar de verás su venganza, no debe llevar á bordo un solo adarme de ira, porque la ira se interpone como un velo ante los ojos, y convierte al hombre en un loco. A la puesta del sol avistarás á tu enemigo, le atacarás, le desmantelará, barrerás su cubierta de proa á popa á fuerza de andanadas, lo entrarás al abordaje, sin que se salve de tus alfanques uno solo de los hombres que lleva á su bordo la *Endimion*, é incendiarás despues el buque volando su Santa Bárbara. ¿No es este tu plan de combate?»

El argelino la contempló un momento asombrado, al ver que tan bien leia lo que entonces pasaba en su corazón.

—«Eso harías seguramente—continuó la maga—y yo habria logrado completamente mi objeto; ¿pero tú qué conseguirías?»

—«Mi venganza.

—«¿Y si al verse perdidos los franceses, asesinasen á la mujer que adoras y arrojasen su cuerpo, palpitante aun, sobre el puente de tu fragata?»

El pirata perdió el color, sus dientes rechinaron de rabia, y se dejó caer abatido sobre los almohadones de la falúa, cubriendo el rostro con ambas manos.

—«Lo que te acabo de decir—prosiguió la maga—sucederia seguramente si yo no hubiese tratado de evitarlo y de preparar de antemano tu triunfo, de una manera que te deje satisfecho.

—«¿Es verdad lo que dices?»—se apresuró á preguntarla el pirata dejando su asiento.

—«Mira.»

La maga sacó del seno una varita de oro, dió con ella tres golpes en el costado de la fragata, y esta principió á menguar, á menguar, á menguar, hasta que se quedó del tamaño de media nuez, sin que faltase en ella ni un palo, ni una vela, ni un aparejo, ni un cañon, ni uno solo de los hombres que componian su equipaje, y que ascendian á quinientos próximamente.

—«Eso señor contramaestre...—se atrevió á decir, en tono de duda, el grumete Casariego.

—«¿Qué tienes que oponer á esto, incrédulo é imperpetinente grumetillo?»

—«¿Qué oponer?... nada, nada; pero los quinientos hombres y los cincuenta cañones me parece señor contramaestre...»

—«¿Qué no cabrian en media nuez?»

—«Que estarian al menos un poquillo apretados. ¿No es verdad camaradas?—prosiguió, dirigiéndose á sus compañeros con una formalidad que despertó la risa en toda la guardia.—¿No es verdad que quinientos hombres y cincuenta cañones no estarian demasiado desahogados dentro de un cáscaro de nuez?»

—«Eso hubiera sucedido, mi querido y hermoso orangutang, si la maga fuese tan ignorante y tan torpe como tú; pero como ella sabia perfectamente en qué vuelta navegaba, hizo que los hombres y los cañones fuesen menguando, menguando, menguando, hasta quedar los unos del tamaño de una hormiga, y los otros del grueso de un hilo de vela.

La maga, sin dar lugar á que el argelino saliese del asombro que esta inesperada maniobra le habia causado, dió de nuevo tres golpes con su varita mágica en el borde del *Cáscaro de Nuez*, y el buque fue creciendo, creciendo, hasta adquirir sus primitivas dimensiones.

—«¿Has visto?—preguntó la maga al asombrado Mustafá.

—«Pero eso es prodigioso; verdaderamente prodigioso é incomprendible—le dijo el pirata mirándola con asombro.

—«¿Y no alcanzas el para qué de este prodigio?»—

Los ojos del argelino brillaron de una manera siniestra.

—«Bien, bien—prosiguió la maga, satisfecha de aquella muda contestación que encerraba un plan terrible de venganza.—Toma esta varita y haz uso de ella á tu antojo: un golpe reducirá tu buque al tamaño de una fragata mercante, dos le dejarán convertido en un barquichuelo, propio para formar las delicias de un niño, y

al tercero quedará reducido á las pequeñas dimensiones que acabas de ver, y su marcha será la misma en cualquiera de los tres estados. Sube á ocupar á bordo tu puesto, zarpa al instante, gobierna en el rumbo marcado en esa carta, y á la puesta del sol avistarás á tu enemigo. Lo demás es cuenta tuya; pero ¡ay de tí si sale de la *Endimion* un solo hombre con vida! Gracia para tu amor, para los demás muerte y estermio.»

—Mustafá subió al buque con la velocidad de una ardilla, empuñó la bocina que le presentó un paje de cámara y se dispuso á mandar la maniobra para darse al instante á la vela, mientras la maga regresaba al arsenal en su falúa.

Las vergas del *Cáscaro de Nuez* se cubrieron instantáneamente de gente, las velas fueron cayendo una tras otra con prodigiosa velocidad, Mustafá dió la voz de ¡zarpa! y la fragata tomó la boca del puerto, con alas y arrastraderas por banda y banda, y se internó en el Mediterráneo, gobernando sobre la isla de Menorca, con la rapidez de una saeta.

Eran entonces las diez de la mañana, soplaban un Sudoeste bastante fresco, el sol se ponía aquel día á las cuatro y cincuenta minutos de la tarde, de modo que Mustafá debia tardar siete horas escasas en alcanzar á su enemigo, que se hallaba á doscientas cuarenta millas de distancia.

—«¿Y habia de andar á razon de treinta y cuatro millas por hora?—preguntó el pilotin agregado despues de emplear un rato en sacar la cuenta de memoria.

—«No andas muy exacto en tus cálculos, mi querido y futuro almirante, porque la *Endimion* no permanecería á la capa esperando á que el pirata se le echase encima, de modo que, si suponemos, y no es mucho suponer, que el crucero francés corriese diez millas por hora, la fragata debia navegar lo menos cuarenta y cuatro, si habia de tenderle sus ganchos de abordaje á la puesta del sol; y tanto las anduvo que cuando el disco de este astro tocaba el horizonte, ya se divisaba desde las cofas del *Cáscaro de Nuez* el buque que habia robado á Mustafá su hermosa marsellesa.

Apenas divisó Mustafá los topes de la *Endimion*, dió una porción de órdenes á su teniente, este las trasmitió á la tripulación, á los artilleros y á los soldados, tocó aquel la estampa de popa dos veces con su varita mágica, y la fragata, como habia predicho muy bien la maga del Mediterráneo, se convirtió en un hermosísimo buque, que media solamente dos piés de eslora y que continuó navegando con la misma velocidad hasta colocarse á dos brazas del costado del crucero francés.

No podeis figuraros, mis buenos y queridos muchachos, un buquecito mas lindo: todos sus palos, todas sus velas, todos sus aparejos, todos sus cañones y todos sus petrechos, se distinguían perfectamente y parecían acabados con un esmero y una perfección admirables: y la fragatita maniobraba con la misma prontitud y el mismo acierto que si fuera un buque formal. Era aquella una embarcación lindísima para colgar en la bóveda de una iglesia despues de haber corrido un temporal deshecho y de haber ofrecido á la Virgen de Begoña una fragata en miniatura por habernos librado de bajar á las entrañas del Océano para servir de alimento á esos malditos tiburones que nunca se ven satisfechos de carne humana.

Como la tarde estaba serena y hermosa, la mar tranquila y el viento que corria era suave y agradable, el comandante de la *Endimion* y su futura esposa, la hermosa marsellesa de los ojos negros y del talle flexible que el pícaro Mustafá habia robado de su casa, estaban tomando el fresco y departiendo cariñosamente sobre el venturoso porvenir que les esperaba en el alcázar de popa, arrimados á la obra muerta y contemplando el mar por la parte en que se hallaba la fragata en miniatura, bien agenos los pobres enamorados de la tempestad que se armaba sobre sus cabezas y que debia echar á pique, momentos despues, sus halagüeñas ilusiones.

Hacia ya cuando menos cuatro minutos que la fragatita argelina navegaba al costado de la *Endimion*, sin que los dos amantes, absortos en contemplarse mutuamente, hubiesen reparado en ella, cuando uno de los oficiales fué á darles parte de aquella estraña novedad.

No hay para qué pintaros, mis buenos y queridos muchachos, el asombro y la curiosidad con que el comandante del crucero francés y su querida contemplaron aquel buquecillo tan hermoso; básteos saber que la linda marsellesa entró en deseos de poseerle, con ánimo de colocarle bajo un fanal en su tocador, para recuerdo de las aventuras de aquel viaje, y que el jefe de la corbeta, deseoso de proporcionar á la que debia ser su esposa un placer que tan poco le costase, puso su buque al pairó, mandó echar al agua una de las lanchas, y se embarcaron en esta el oficial de guardia y diez robustos marineros con el fin de coger y llevar á bordo el barquichuelo que su futura comandanta codiciaba.

—«Pero esos tontos de franceses—dijo uno de los marineros—corren á un descuartelar tras de su perdición.

—«Lo cual os demostrará, mis buenos y queridos muchachos, que los hombres, por satisfacer un deseo, que no vale muchas veces dos flechastes, nos lanzamos á menudo, sin saberlo, á caza de nuestra propia ruina, en lo cual hacemos malditamente. Pero volviendo á la historia del *Cáscaro de Nuez*, el comandante de la *En-*

dimion vió, con un asombro difícil de pintaros, que cuando puso su buque al paio se puso también á palear la fragatilla y que cuando el oficial que mandaba la lancha estaba á media braza de distancia y alargaba la mano para cogerla por los topes, movió de repente sus pequeñas velas con una rapidez y una precisión, que dejó atónitos á los mejores marineros del crucero, y se dió á correr por aquellos mares con una coquetería y una seguridad en el rumbo que no había más que pedir.

Avergonzados los tripulantes de la lancha de aquel chasco, que creían hijo de la casualidad, se empeñaron en dárla caza y bogaban, bogaban, bogaban, y el oficial pateaba y se desesperaba y no cesaba de gritar á sus muchachos: ¡hala!... ¡hala! y los diez remos hendían las aguas cada vez con mayor empuje, y ni por esas: el barquichuelo seguía impasible su marcha hasta que, rendidos los franceses de tanto bogar y bogar advirtiendo que la noche se les venía encima por instantes, y con algunas toneladas de miedo y de pavor á bordo, en vista de aquel prodigio que no sabían explicarse; viraron por redondo y bogaron, aunque con menos bríos, en demanda de la *Endimion*, medio persuadidos de que en aquel maldito buquecillo que así se les escapaba de entre las manos iba embarcado el mismo diablo.

Y esta creencia, mis valientes atónitos camaradas, tomó en ellos el aparejo de una verdad indudable, y el miedo y el espanto, no cabiendo ya en sus bodegas, les salía por todas las costuras, hasta el punto de haberse reventado dos de aquellos buenos muchachos por hablar de los remos con más bríos de lo que sus fuerzas permitían, cuando advirtieron que la fragatilla había virado sobre ellos y navegaba á todo trapo, cual si fuese dándoles caza.

Y el miedo y el terror y el espanto llegaron á su colmo, no solo en los hombres de la lancha sino también en toda la dotación del crucero, cuando estando aquellos atracando ya á la corbeta notaron todos que el buquecillo, que se hallaba entonces á unas seis brazas de distancia, principiaba á menguar, á menguar en todas sus dimensiones proporcionalmente, hasta que desapareció de su vista en medio de la oscuridad y del escarceo de las corrientes.

El pirata argelino, mis buenos y queridos marineros, sediento de sangre y de venganza, y pareciéndole que era ya hora de poner manos á la obra, había dado el tercer golpe con la varita mágica sobre la estampa de popa del *Cáscaro de Nuez*.

Cuando el oficial y los diez hombres de la lancha estuvieron á bordo de la *Endimion*, el comandante, la oficialidad y el equipaje entero, después de haber puesto en rumbo la corbeta, rodearon á los espedicionarios y los acosaban á preguntas sobre las maniobras prodigiosas del buquecillo que tan mal rato les había dado, mientras la hermosa marsellesa, terriblemente afectada con aquel extraño suceso, lloraba y suspiraba en un rincón de la popa, sin acertar con el por qué de aquellas lágrimas y de aquellos suspiros que no podía reprimir; y era sin duda que su corazón le anunciaba secretamente lo que iba á pasar á bordo, dentro de pocos momentos.

Si la pobre muchacha se hubiese acercado entonces á la obra muerta de babor, y tendido la vista por las ligeras olas que lamían el costado de la corbeta, hubiera visto que en el momento en que ella se disponía á bajar á la cámara cogida del brazo de su amante, un buquecillo del tamaño de media nuez se arrimaba al crucero, que un par de centenares de hormigas subían momentos después por el costado, que se introdujeron por cuatro de los imbornales, y que agrupadas y como en actitud de recibir órdenes, cuando todas se hallaron sobre cubierta, se dispersaron después situándose unas en varios puntos del puente, tanto á proa como á popa, y penetrando otras en las cámaras y en el entrepuente.

—¡Alerta, franceses, que está el enemigo á bordo!—gritó uno de los marineros con una formalidad incomparable.

—Y á tí ¿qué te va ni te viene en este negocio, mi caritativo camarada?—le preguntó el *Zorro-marino*, aprovechándose de aquella interrupción para traspasar á su estómago media copa de aguardiente.—¿Quieres

COMERCIO AMBULANTE DE MADRID.



EL CARRAQUERO.

pagarles por ventura lo que les estamos debiendo desde el combate de Trafalgar?

—Pero ¿no está usted, viendo señor contramaestre que esos malditos argelinos tratan de hacer en el crucero un zafarrancho horroroso?

—Deja que cada cual obre como mejor le parezca, que arriba está Dios para velar por los buenos marineros. Y volviendo á nuestro cuento, el *Cáscaro de Nuez* permaneció unos cinco minutos al costado de la corbeta, viró después por abante, se corrió unas cien brazas ciñendo el viento cuanto su aparejo le permitía, se situó á barlovento del crucero, echó abajo la mayor parte de su aparejo y se puso á palear.—

El *Zorro-marino* aplicó atentamente el oído por un breve instante, como quien desea cerciorarse de la existencia de un ruido casi imperceptible.

—Juraría, muchachos, por los penoles de la *Bella Micaelita* que he sentido caer al agua por dos veces unos remos, que parecen remos de contrabandista ó de ladrones, según la suavidad con que hieren el agua. ¿No habeis oído nada?

Algunos marineros se pusieron á escuchar con atención, é hicieron una señal afirmativa.

—Por lo que pueda tronar, dejemos, mis buenos camaradas, al *Cáscaro de Nuez* y á la *Endimion*, ó como si dijéramos, al lobo y al cordero, que sigan navegando por un rato, y veamos qué gentes son esas que tan á la sordina atraviesan el Musel en una hora tan sospechosa.

El ruido que había llamado la atención del viejo contramaestre se hacía cada vez más distinto, los marineros se levantaron en silencio y se acercaron con precaución al castillo de proa, y pocos momentos después avistaron entre las tinieblas una lancha, que venía al parecer del bergantín, y que vogaba á todo remo, pero sin levantar apenas una sola gota de agua, con rumbo á una pequeña enseña por bajo de las ruinas del castillo de Arnao.

En tierra se veían, aunque con trabajo, unos cuantos bultos que salían de entre las peñas y que se acercaban á la orilla del mar, á medida que la lancha se aproximaba.

—¡Tate! ¡tate!—esclamó voz baja el *Zorro-marino*.—me explico perfectamente ese maldito bergantín, que vo á punto de pasarnos por mis buenos y queridos muchachos que no siempre es bueno por las apariencias: hemos á su capitán por un bárbaro mil y quinientas toneladas y sabio de tres puentes, en elegir el momento y el lugar tunos para hacer su negocio.

Ese buque viene abarrotao contrabando, ó yo no entiendo jota de estas maniobras; se presentado por la tarde á la de Gijón; habrá hecho sus que alguno se cuidaría de contestar desde tierra; se rido al anoecer en vuelta de ra, para no infundir sospechas cuando creyó, y con razón, resguardo, cansado de rondar todo pensaría menos en que que se viniere á fondear á Ma á estas horas, se nos encájó ma, y ahí le teneis haciend alijo, un verdadero alijo.—

El *Zorro-marino* tenía sola razon en cuanto decía: la embarrancó en un arenal, á cuenta brazas próximamente proa de la fragata, y principó descargar por docenas fardos jones, que los hombres de se fueron llevando poco á las ruinas del castillo.

Cuando la lancha del bergantín concluyó de echar en tierra su ga, regresó á bordo, cargó de vo hasta los bancos, volvió á senada con la misma preca depositó en tierra su carga, y mismos hombres la condujeron punto en que habían depositado primera.

El contra-maestre de la *Micaelita* había dicho muy aquel era un alijo, lo que se un verdadero alijo, que á por el número y el tamaño bultos, debía robar al tesoro cuantos miles de pesos.

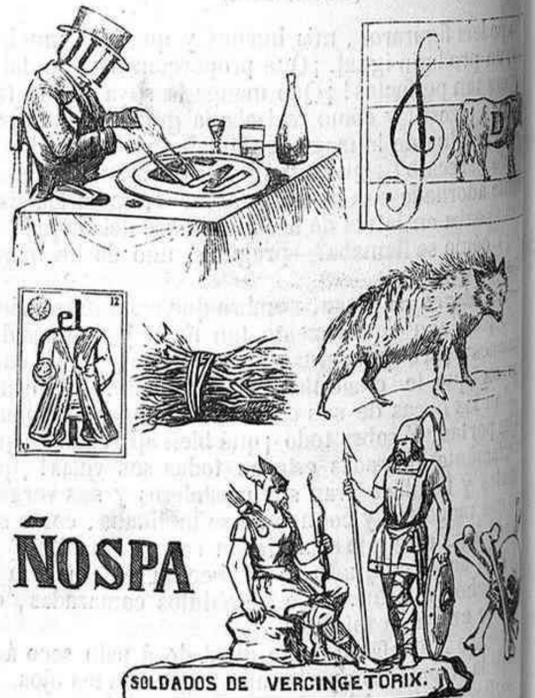
(Se continuará.)

EL CAPITAN BOWMAN.

AVISO.

Los señores suscritores por trimestres se servirán novar la suscripcion si no quieren experimentar en el recibo del próximo número.

GEROGLÍFICO.



SOLDADOS DE VERGINGETORIX.

La solución en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4.